

## SI A MAASTRICHT

---

*El artículo que se transcribe a continuación apareció publicado en "Le Monde" el día 18 de Junio. Su autor es Jacques Lesourne.*

Con el voto del Senado se ha dado un nuevo paso en Francia hacia la revisión de la Constitución, paso previo a la adopción del tratado de Maastricht. Esta votación se produce en el momento en que tiene lugar en este país el debate democrático sobre Europa, debate que debe aplaudirse incluso si se combinan en él lo mejor y lo peor, las consideraciones profundas y las tácticas políticas, los argumentos substanciales y las meras apariencias, los grandes sentimientos y los intereses mezquinos. Le Monde ha participado en este debate abriendo sus columnas tanto a los partidarios como a los adversarios del tratado.

En esta fase de la controversia, lo más sencillo es partir de las objeciones hechas al texto del acuerdo. Tales objeciones se reducen a varios "no": "no" a una limitación de la soberanía nacional; "no" a una Comunidad encerrada en sí misma; "no" a una construcción política llena de incertidumbres; "no" a las modalidades de creación de una Europa tecnocrática. Qué importa que todos esos "no" no alcancen el mismo valor; qué importa que algunos de ellos tengan por objeto enmascarar otros "no"; qué importa... Examinémoslos de la forma en que han sido enunciados.

Justificado por el derecho o por la historia, el primer rechazo se deriva de un postulado muy simple el Estado-nación es soberano, y toda construcción política que no se reduzca a una cooperación entre tales Estados niega la realidad fundamental de las patrias. Vean, añaden los defensores de esta tesis "los imperios se derrumban, las federaciones multiétnicas se descomponen. Por consiguiente, el querer federar o confederar las viejas naciones europeas es un contrasentido". Reconozcamos que hay en esto algo irrefutable la realidad viva de las etnias a escala de algunos siglos, aunque en un marco milenario el caso ofrecería más dudas (¿no fue Inglaterra una mezcla de razas -"melting-pot"- durante los doce primeros siglos de nuestra era?).

Pero la vitalidad de las patrias no significa que el Estado-nación haya sido siempre la forma de organización dominante de las sociedades humanas. La ciudad-Estado de la antigüedad o del Renacimiento, el sistema feudal de la alta Edad Media, la liga hanseática. Todas estas formas de organización parecieron, en su momento, organizaciones políticas naturales. El Estado-nación, que se inicia en el siglo XV, no es el fin de la historia, como tampoco lo es la muerte del comunismo soviético.

La unión europea que se está diseñando ahora no es una forma, política del pasado, sino una creación en curso de concreción. No se trata de un imperio, fruto de conquistas militares o de anexiones diplomáticas, toda vez que las adhesiones y las reglas comunes son aprobadas democráticamente en cada uno de los países miembros. No se trata tampoco de un super-Estado nacional -y que no se molesten los proeuropeos más radicales- puesto que las naciones continuarán vivas. Se trata de un ente político nuevo cuyas características se están definiendo y que podría llamarse, a falta de una expresión mejor, una comunidad de Estados cosoberanos.

Esta cosoberanía se descubre ya en los hechos, mal que pese a ciertos políticos. Cuando Margaret Thatcher defendía la soberanía británica sabía bien que este término no significa lo mismo hoy que en los tiempos de Gladstone o de Disraeli.

Queda la cuestión fundamental: por qué, en este final de siglo XX, se ha de proceder a la constitución de una Comunidad europea. Para quien se proyecte hacia el futuro, la respuesta es simple porque en una etapa en la que la mundialización cambia la escala de los problemas sin que la inseguridad desaparezca, las naciones europeas han llegado a ser demasiado pequeñas para asegurar su prosperidad y poder hacer frente a los retos del mañana. Los viejos Estados, por consiguiente, deben organizar su cooperación en todos los dominios de interés vital y no sólo en el de la creación de un vasto mercado interior.

Ahora bien, tratándose de países democráticos, una cooperación íntima no tiene sentido más que si los ciudadanos se sienten vinculados y si están convencidos de que compartirán un futuro común. Es necesario que si un puesto de trabajo se pierde en Munich para ser creado en Barcelona, el bávaro prefiera esta solución a una transferencia a Singapur o a Atlanta. A partir de aquí, la existencia de una ciudadanía europea -con los correspondientes derechos y obligaciones- aparece como el reconocimiento jurídico del sentimiento de pertenencia sin el cual la Comunidad carecerá de raíces profundas. En el mundo de mañana, todavía más que en el de hoy, los individuos deberán acostumbrarse a que cada uno tenga dependencias múltiples. Nada impide ser a la vez francés y ciudadano europeo. El derecho de voto de los ciudadanos de la Comunidad en las elecciones locales es una expresión elemental de solidaridad que no merece la oposición radical que muestran algunos.

Así, pues, debe reconocerse que todos aquellos que -desde los comunistas a los lepenistas, pasando por algunos gaullistas y socialistas- rechazan Maastricht en nombre de la soberanía nacional, se aferran más al pasado de lo que se interesan por el futuro.

Muy distinta es la actitud de los partidarios del segundo "no". Estos temen una Comunidad encerrada en sí misma que rechaza a la Europa central y a la Europa del este. La profundización retrasaría la ampliación, dicen. También ellos parten de una realidad indiscutible Europa no tiene límites, como escribía François Poncet en 1954. De hecho, hace dos siglos, el cosaco ruso de Siberia occidental, el cazador americano de Tennessee o el colono español de los altos llanos peruanos eran, los tres, exploradores de Europa. En tiempos más recientes, Praga y Viena representaron en nuestra civilización un papel tan importante como Londres y París. Ahora bien, como escribió en estas mismas páginas el ministro de Asuntos Exteriores de Polonia, los países que aspiran a formar parte de la Comunidad tienen necesidad de una unión europea fuerte y eficaz.

No les sería de ninguna utilidad adherirse a una Comunidad enclenque. Antes que disolver la CE en una vasta zona de librecambio, la solución debería consistir en la existencia simultánea de una Comunidad restringida y de una "confederación" que se extendiera hasta la frontera oriental de Polonia y que no incluyera -de la antigua URSS- más que los Estados bálticos, reservando un estatuto especial para Turquía. La confederación podría servir de marco para una cooperación política y para acuerdos económicos (como el que ha creado el Espacio Económico Europeo con los países de la AELC) susceptibles de evolucionar con el tiempo. Por lo que se refiere a la CEI, su integración no puede hacerse más que en un contexto mundial, y la CSCE, en la que participan Estados Unidos y Canadá, parecería el instrumento más adecuado. Por consiguiente, lejos de ser contrario a una Europa abierta, el tratado de Maastricht puede servir para la construcción de la Europa múltiple que gravite alrededor de un punto de amarre poderoso que sería la Unión europea.

La apertura al Este debe ir acompañada de una apertura hacia los terceros mundos que concentrarán mañana lo esencial de la humanidad, y en primer lugar hacia Africa y Asia occidental, regiones estas con las que Europa mantiene relaciones especiales desde los orígenes de su civilización.

Los partidarios del tercer "no" son más heterogéneos, toda vez que al lado de anti-europeos enmascarados encontramos a europeístas radicales. Para ellos constituye una decepción la parte política del tratado, ya se trate de la seguridad ya de la Europa social, del poder del Parlamento o de las políticas industriales. A su juicio no tiene sentido crear una moneda única sin antes contar con un ejecutivo europeo.

Esta actitud, por comprensible que sea en un espíritu cartesiano, no puede llegar a convencer. Una Europa impuesta autoritariamente podría disponer de una arquitectura lógica. Una Europa surgida democráticamente no puede ser más que fruto del compromiso, que vaya consolidando las áreas de consenso, que evite los obstáculos, que prepare las convergencias futuras. Más que finales de trayecto, cada uno de los grandes textos europeos ha representado más bien la apertura de nuevas canteras. Dependiendo de los sectores, la explotación de Maastricht exigirá de diez a veinte años de aprendizaje colectivo. He ahí dos ejemplos de pragmatismo y de empirismo: la moneda y la seguridad.

Los que pretenden subordinar hoy la existencia de una moneda única a la presencia de un ejecutivo son los nietos de los opositores del tratado de la CECA que creían imposible la gestión común del carbón y del acero -a la sazón bases de la potencia militar e industrial- sin la creación de un gobierno europeo. La historia ha demostrado que estaban equivocados y que la CECA representó bien su papel de primera fase de la creación europea a pesar de la ausencia de una construcción política más ambiciosa.

En materia de seguridad, el futuro debería ver una OTAN renovada, con un pilar norteamericano y otro europeo: la UEO. No existe aún la convicción necesaria, ni en Washington ni en París, pero el acuerdo de Maastricht, por más imperfecto que sea, abre ciertas perspectivas, como, por otra parte, lo muestra la creación de un cuerpo de ejército franco-alemán, primera iniciativa europea de envergadura desde el fracaso de la CED.

En el plano político, el tratado de Maastricht es realista, puesto que está lleno de incertidumbres. La unión europea se está formando, y en todo proceso de creación se mezclan el azar, la necesidad y la voluntad, sin que nadie pueda prever exactamente lo que será su configuración final.

Una cuarta cohorte de opositores denuncia las modalidades de creación de la moneda única, presentando objeciones de dos tipos políticas y técnicas.

Es impensable, se nos dice, no someter un banco central europeo a un poder político, toda vez que el control de la masa monetaria y del déficit presupuestario son las dos armas por excelencia para la regulación de la coyuntura económica.

Cierto, esto es lo que enseña el vademecum del pequeño keynesiano, pero la historia reciente muestra también que si, bajo la presión de la opinión pública, se quiere mantener constantemente la coyuntura a su nivel más alto, en detrimento del índice de los precios y de la deuda pública, los gobiernos se encierran en situaciones inextricables, sin por ello eliminar el paro, que tiene orígenes muy distintos. Por otra parte, es razonable pensar que la gestión monetaria, en el futuro, dependerá mucho más de decisiones técnicas que de medidas políticas. En fin, ya hoy es un banco más independiente de los gobiernos de lo que lo será el futuro banco central europeo el que determina la política monetaria de la Comunidad. Nos referimos, claro está, al Bundesbank.

Por lo que se refiere a las modalidades técnicas, es lícito pensar que pueda haber dudas al respecto, incluso teniendo en cuenta que aquellas han sido cuidadosamente analizadas por los gobernadores de los bancos centrales. Sería sorprendente que todo se sucediera según las previsiones, pero hay casos en los que se impone la primacía de lo político. La unificación de Alemania así lo ha mostrado.

Queda un último "no", y es el de la oposición a una Europa tecnocrática, la de los "eurócratas" que, en nombre de la armonización, querrían imponerse localmente a una población recelosa de las normas elaboradas en el secreto de las negociaciones de Bruselas sobre cuestiones a veces nimias el estatuto de los bomberos voluntarios de Alemania, o la caza de palomas en el sudoeste de Francia... A este respecto se impone una distinción entre quejas falsas y quejas justificadas, toda vez que el argumento tiene peso

- Cuando los industriales ultraliberales reprochan a la Comisión de Bruselas el contenido de ciertas directivas sobre el mercado interior, olvidan que esos textos tienen por objeto evitar que sus competidores hagan que sus gobiernos levanten obstáculos a la libre circulación de bienes y de personas. Cuando los agricultores atacan la política agrícola común, olvidan que si la Comunidad no existiera la evolución de la agricultura francesa habría sido mucho más desfavorable.

- De todos modos, no debe olvidarse que la construcción europea supone un triple esfuerzo democrático: 1) un desarrollo de la democracia local y una aplicación estricta del principio de subsidiariedad que permite rechazar la intervención de la Comisión siempre que un problema pueda ser resuelto a un nivel inferior; 2) una participación más estrecha de los Parlamentos nacionales en la elaboración de las normas europeas; y 3) una mejora del funcionamiento del Parlamento Europeo, cuyos representantes franceses deberían ser seleccionados en el marco regional con el fin de que los elegidos se identificaran con los electores.

Sería sorprendente que cada uno de los 346 millones de habitantes de la Comunidad no tuviera nada que objetar a este o aquel artículo del tratado. Pero la democracia supone la aceptación del compromiso y, en el caso de Maastricht, la decisión ha de ser global.

Contemplado con perspectiva histórica, el éxito de la construcción europea no está asegurado, pero se trata por lo menos de un intento de respuesta a los problemas del futuro. Maastricht, sin duda, no es más que un paso modesto y desigual en el camino de una unión europea que sigue sin definir. Ahora bien, rechazar el tratado sería replegarse sobre uno mismo.

Con todo, el tratado traduce una Europa plural. Puede engendrar, entre otras, una Europa burocrática poco preocupada por la política social, poco sensible a las aspiraciones de la Europa oriental y del Tercer Mundo. Francia debe combatir contra ese riesgo, velando por la vitalidad de la democracia local, limitando a lo indispensable las directivas comunitarias, luchando a favor de una distribución equitativa de la calidad de vida en el seno de la Comunidad, contribuyendo al establecimiento de nuevas formas de colaboración con la Europa central y oriental, propugnando el desarrollo de las relaciones con Africa y el mundo árabe. Maastricht no es el fin, sino una etapa.

Con todo, rechazar Maastricht sería inclinarse por el pasado y renunciar al futuro. Sería como abandonar toda posibilidad verdaderamente creativa.